



RELACION  
DE LA VIDA, PASION Y MUERTE  
DE  
CRISTO NUESTRO SEÑOR.

A la Aurora bajó el Sol,  
fué disposicion divina,  
de que tome carne humana,  
para que al mundo redima  
con su pasion y su muerte,  
de aquella caverna ó sima  
donde estábamos sujetos  
con una obligacion fija.  
Por este sacro misterio  
nos vemos libres: ¡Qué dicha!  
Gabriel trajo la embajada,  
llegó y dijo: Ave-María,  
llena seas toda de gracia;  
concebires este dia  
en vuestras puras entrañas  
al Niño Dios, Virgen pia;  
y dado el consentimiento

quedó preñada María.  
Llegando á los nueve meses,  
de Nazaret se partía  
para Belén y entre escarchas  
nació el Autor de la vida.  
Los pastores se alegraron,  
los cielos se regocijan,  
los querubines le cantan,  
y los ángeles decian:  
Ya es nacido el rey del cielo,  
gloria á Dios se dé cumplida.  
En su Circuncision sacra,  
que fué al cabo de ocho dias,  
nos dió á entender en el templo,  
á lo que al mundo venia,  
que era á derramar su sangre,  
por restaurar lo que habia



1. 4. 2. 1. 1. 1.

perdido por el pecado  
de Adán, ¡notable desdicha!  
Visitáronle los reyes  
con contento y alegría,  
y al Niño le presentaron  
el oro, incienso y mirra.  
Trayéndole desde el templo,  
se les partió y con fatiga,  
sus Padres que le buscaban,  
á cualquiera que veían,  
lo preguntaban, diciendo,  
si han visto al Bien de su vida.  
Unas mujeres le dieron  
noticias con que se animan,  
y en el templo le encontraron,  
que la Escritura esponia  
á príncipes y doctores,  
con tanta sabiduría,  
que á contradecir no aciertan,  
pues confundidos se miran.  
Su entretenido recreo  
le encontraba cada día  
por los sitios escusados  
en el árbol de la vida;  
con las cruces conversaba,  
y de esta suerte decia:  
dulcísima semejanza,  
donde fin tendrá mi vida,  
por eso os estimo tanto,  
cruz amada y cruz querida,  
que me has de servir de lecho  
en mis penas y fatigas.  
Cumplió los treinta y tres años  
el Señor, y determina  
caminar á padecer:  
con su Madre lo practica.  
Un jueves por la mañana  
la llamaba y la decia:  
ya es tiempo, Madre, ya es tiempo  
de cumplir las profecías;  
Yo he de ir á sufrir muerte  
porque el hombre tenga vida.  
—Hijo de mi corazón,  
dulcísima prenda mía,

que me quieres dejar sola,  
metida en tantas fatigas?  
Cristo y su Madre se abrazan,  
llorando se despedían:  
—mi bendición os alcance.  
Quedaos en paz, hasta el día  
que subais á las alturas  
á estar en mi compañía.  
A su sagrado Colegio  
le dió en la Cena su misma  
carne y sangre (¡qué portentoso  
y lavó los pies (¡qué dichoso!)  
Un atrevido le vende  
por una infame codicia,  
que fueron treinta dineros;  
¡ay Dios, quién tal imaginat!  
Solo tres llevó consigo,  
cuando al huerto se encaminó  
que son Pedro, Juan y Diego  
porque de testigos sirvan.  
Llegó el Redentor al huerto,  
y un poco á orar se retira;  
hizo oracion á su Padre  
y de esta suerte decia:  
pase, Señor, si es posible,  
este cáliz de agonía  
en mí; mas siempre se haga  
tu voluntad, no la mía.  
Gotas de sangre le hace  
sudar pena tan crecida,  
y un ángel se le aparece  
que le conforta y anima.  
Partióse mas esforzado  
á su noble compañía,  
halló que estaban durmiendo  
y llamándoles decia:  
velad y atended, amigos,  
que ya veloces caminan  
los que vienen á prenderme  
para quitarme la vida.  
Llegó Judas el malvado  
con su infame escuadra impío;  
dijo Cristo: ¿á quién buscat?  
A Jesús, le respondían;

y el Señor les dijo entonces:  
*Ego Sum*, y se caían  
en tierra todos postrados,  
que moverse no podían.  
Dióles el Señor licencia,  
y con la saña maligna,  
furiosos aprisionaron  
al Redentor de la vida.  
A palos, á puntillones  
y á patadas lo derriban;  
lo ataron de pies y manos,  
juzgando se les iría,  
y llevándolo arrastrando,  
hácia la ciudad caminan  
con algazara y estruendo,  
con voces y grilería.  
Entran en Jerusalem,  
y por balcones y esquinas,  
por puertas y por ventanas  
unos á otros se decían:  
ya está aquí el facineroso,  
el que se hacía Mesías.  
Se lo presentan á Anás,  
y á Cristo, por su doctrina  
y discípulos pregunta;  
y el Cordero sin mancilla  
dió una sumisa respuesta.  
Un traidor con mano inicua  
dió á Cristo tal hofetada,  
que le cruzó la mejilla.  
Se estremecieron los cielos,  
y el Redentor le decía:  
¿en qué ofendí tu persona,  
que así maltratas la mía?  
Sufrió allí el Señor mil burlas,  
y Anás luego determina  
se lo lleven á Caifás,  
por ver lo que de él haría.  
Le recibió muy gustoso  
pues deseado le había;  
y á Jesus le preguntó  
que si era él el Mesías,  
conjuróle por Dios vivo,  
y el Señor le respondía:

tú lo has dicho, y muy en breves  
entre nubes á la vista  
tendreis al Hijo del Hombre.  
Blasfemado hal repetía  
Caifás: ¿qué esperais más prueba?  
Una criada decía:  
¿ventis con el embustero?  
á Pedro, y él respondía:  
no he conocido tal hombre,  
y luego el gallo le avisa.  
Cayó San Pedro en su yerro,  
y llorando se salía  
hechos sus ojos dos fneates,  
dos canales sus mejillas.  
A Pilato al Señor llevan,  
y este su inocencia vista,  
sabiendo ser Galileo,  
al rey Herodes lo envía:  
quiso hiciera algun milagro,  
mas Cristo no respondía.  
Le trató, al fin, como loco  
con vestidura ridicula,  
y á Pilato lo devuelve,  
porque hiciera de El justicia.  
Mas viendo el juez su inocencia,  
libertarle determina,  
quiso darle corregido,  
y lo entregó á aquella inicua  
ó inhumana gente soya,  
que su coraje desquitan.  
Con una púrpura vieja  
rey de farsa lo publican,  
con una caña en la mano,  
y su Santa Sien ceñida.  
Su sacra barba le mesan,  
de los cabellos le tiran,  
escupiéndole en el rostro,  
y doblando la rodilla;  
como á Rey le saludaban,  
y al darle golpes decían:  
adivina quién te dió;  
si eres Cristo, profetiza.  
Una corona le trazan  
con setenta y dos espinas.

traspasando su cerebro  
 aquellas puntas malignas.  
 Amarrado á una columna,  
 el que es la inocencia misma,  
 seis verdugos le azotaron  
 con rigor y tiranía.  
 Con ramales y con varas,  
 garfios, cadenas impías,  
 cinco mil golpes le dieron,  
 que los huesos se veían.  
 Lastimóse de él Pilato,  
 y por ver si les movía,  
 á un balcon así le asoma,  
 y *Ecce Homo*, les decía:  
 tened piedad de este hombre.  
 Y el vil pueblo á una voz grita:  
 crucifícale ¿á qué aguardas?  
 Por librarle, proponía,  
 debía soltar un preso  
 por la Pascua, y le pedían  
 que á Barrabás les soltase,  
 y que si así no lo hacía  
 era enemigo del César.  
 Viendo tan mortal envidia,  
 lavados antes sus manos  
 esta cruel sentencia firma:  
 que en una cruz muera Cristo.  
 A cuestras se la ponían,  
 y moviéndole á empellones,  
 á pocos pasos caía.  
 Los pregoneros clamaban,  
 y sus clamores decían:  
 ya viene el sacro Cordero  
 á ofrecer muerte por vida.  
 Cayó en tierra por tres veces,  
 y una mujer compasiva  
 con la toca que llevaba  
 su Rostro sagrado limpia.  
 Llegó Cristo, (¡qué dolor!)  
 al Calvario, (¡qué fatigal!)  
 donde los rudos sayones

las vestiduras le quitan.  
 Tienden la cruz en el suelo,  
 y tres barrenos le fijan  
 enclavando su persona  
 con tres clavos, (¡qué agonía!)  
 Le levantaron en alto,  
 y cuando ansioso decía  
 tener sed, aun por mas pena,  
 hiel y vinagro le aplican.  
 Dos ladrones le acompañan,  
 y el Paraiso ofrecía  
 al que pidió se acordase  
 cuando en su reino estaría.  
 En las manos de su Padre  
 Cristo su espíritu envía,  
 luego inclino la cabeza  
 en señal de que moría;  
 peñas y aun montes se parten,  
 el sol y luna se eclipsan.  
 Para mas mofa trajeron  
 á Longinos, que no veía,  
 y dándole una lanzada,  
 el corazon le partía;  
 de él salió sangre y agua  
 con que recobró la vista;  
 y reconociendo el yerro,  
 llorando el perdon pedía.  
 El cuerpo pidió á Pilato,  
 José Abarimatea,  
 Nicodemus y él lo bajan,  
 y tristes le depositan  
 en los brazos de su Madre,  
 que estaba casi sin vida;  
 todo lo insensible siente  
 viendo llorar á María.  
 A la tarde lo enterraron  
 y el domingo resucita,  
 para subir á la gloria,  
 la cual tiene prometida  
 á quien su ley y preceptos  
 observase en esta vida.

MADRID.— Despacho : Sucesores de Hernando, Arana.

